

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



HERNANDO DE ALARCON.



El Sr. Hernando de Alarcon, general de la infantería española, marqués de la Valle Siliciana en el reino de Nápoles, y gobernador de Castilnovo; es oriundo de la nobilísima casa Solariega de Cevallos en el principado de Asturias. Uno de sus abuelos, Fernan Martin

de Cevallos, se apellidó Alarcon por haberse señalado en la toma de esta villa en tiempo de Alonso IX. Cuenta la casa de Alarcon clarísimos varones que adquirieron justa celebridad en las armas y las letras. El que hoy nos ocupa nació en Palomares de Huete el año de 1466, y fué hijo legítimo de Diego

Ruiz de Alarcon y de Doña Maria de Illanes, descendiente de la casa y solar de Illanes en el principado de Asturias.

Vanos fueron los ruegos de la familia de Alarcon para persuadirle á que siguiese la carrera de las letras. El bravo campeón que mas adelante había de ser el terror de los enemigos de su patria, ya mostró desde sus primeros años la inclinacion que le arrastraba hácia la no menos noble de las armas. Vestíase los hábitos escolares; pero Alarcon burlando la vigilancia de sus padres, arrojaba las bayetas que sentaban mal á su cuerpo airoso y esbelto, y alornábase de plumas y vestíase de colores con tanta envidia de los hombres como gozo de las damas. Gustaba mucho de estratagemas y de ardidés en los que se ejercitaba diariamente huyendo de que su familia le sorprendiese en sus aventuras amorosas y traje de soldado.

Su tío Pedro Ruiz de Alarcón que favorecía sus intentos, alcanzó autorización de los padres de Hernando para que este le acompañase á la guerra de Granada, empezada con buenos auspicios por el marqués de Cádiz D. Rodrigo Ponce de León.

Aunque nuestro joven contaba apenas 16 años, mas de una dama suspiró al verle partir y rogó al cielo que le volviese á sus ojos tan apuesto y galán como uschaba. Prohibióle su tío que tomase parte activa en ningún encuentro, pues su corta edad no le permitía vestir los férreos petos ni manejar las enormes espadas que se usaban en aquel tiempo. Permiúole sin embargo que le acompañase como de simple espectador á los sitios de Alhama y Loxa y á otras varias jornadas hasta la rendición de Cobiz, donde murió su melindrado tío despues de haberse defendido bizarramente contra un peloton de moros que le cercó viéndole solo y algun tanto separado de los suyos. El dolor de Hernando por la muerte de su tío aumentó su odio hacia los moros y avivó sus deseos de entrar en combate para vengar su sangre derramada por aquellos bárbaros. La primera vez que peleó fué en Guejar, despues de la conquista, en un alboroto que sósegó el conde de Tendilla con mucha pérdida de los enemigos. Concurrió a esta facción en compañía de Antonio de Leiva, y ambos merecieron muchos elogios del conde que les mandó comparecer á su presencia para conocerles y darles las mas afectuosas gracias por lo bien que se habian conducido. Servia tambien en el ejército otro tío suyo, llamado Martin de Alarcón, capitán de una compañía de ginetes muy aventajado en la carrera de las armas. Llamó á Hernando á su lado para que con su ejemplo pudiese proseguir su educacion militar y adiestrarse en el manejo de la lanza. Pasó, pues, en clase de teniente de la compañía de Martin de Alarcón, donde permaneció algunos años, siempre acrecentando su fama, debida á sus buenas disposiciones, fácil comprension y prontitud para ejecutar las empresas que se le encomendaban.

Habia llegado á los oídos del Gran Capitan el nombre y afabanzas que se tributaban á aquel joven, y gustaba de oír las arrojadas promesas que de él se referian; pues siempre andaban en lenguas de las gentes mil lanzas amorosas en que Hernando era el favorecido de las damas y el vencedor de sus rivales. Ofreciase una cesion á Gonzalo de Córdoba para llevarle en su compañía, y pidió que le acompañase á la guerra de Nápoles, haciéndole al efecto capitán de cien ginetes. Su mejor penacho ondeó sobre el reluciente casco en muestra de la alegría que le causó esta prueba de afecto y distincion que habia merecido al Gran Capitan. Su primer hecho de armas en la escuela del vencedor de Ciruela, tuvo lugar en Seminara. Como estaba acostumbrado á fatigar al enemigo con estratagemas á usanza de las que había aprendido en la guerra contra los moros de Granada, en la cual aun en tiempo de tregua eran permitidas, fueron de grande utilidad los servicios que prestó en este famoso encuentro. Corrió despues la campaña de Terranova, empleando emboscadas y ardidés que le facilitaban la victoria, apesar de las fuerzas superiores con que venian siempre los contrarios. Unióse al poco tiempo al ejército del Gran Capitan y señalóse en el sitio de Cefalonia y rindió el

castillo de San Jorge, siendo el primero que subió al asalto. Presentó la batalla á Mr. Alegre, condillo valeroso con quien deseaba venir á las manos, por haber llegado á su noticia que aquel se hallaba animado de estos sentimientos. En el primer encuentro fue desbaratado el frances con toda su gente, sin que Alarcón tuviese necesidad de poner en juego todos los ardides de guerra de que hubiera usado en el caso de serle contraria la suerte de las armas. Derrotó despues al conde de Melito, y se le encomendaron las empresas mas árdnas, que desempeñó con gran satisfaccion de Gonzalo de Córdoba. Hallóse en la rota de los franceses en el Garellano; defendió á Giraci y concurrió en fin á todos los puntos en donde asomaba algun peligro. Por este tiempo obtuvo del Rey la noble y honorífica distincion de Señor, siendo el Gran Capitan el primero que le dió este título honroso con que el Rey le distinguia, como asimismo á Antonio de Leiva, llamándoles el Señor Antonio y el Señor Hernando. Confiósele á esta sazón el gobierno de Taranto y pasó al poco tiempo á Nápoles con motivo de haberse ajustado la paz; llamó allí la atención de las damas el gentil donaire de su porte; y como en las empresas de amor era tan diestro y afortunado como en las de guerra, acertó á robar el corazón de una alta señora de la cual le separaban obstáculos invencibles; pero él, dice un cronista, «como gozaba de grandes aplausos en la guerra, de edad varonil y de hermoso aspecto, y era singularmente apreciado en los ejercicios de caballero y cortesana con las damas, proseguia su galanteo ocupandose en justas, torneos y otras gentilezas con que mostraba la suya y conservaba mas viva aquella llama amorosa, trayendo en todas estas un brazalete de oro, dádiva de la dama.»

Apenas llegó al Rey la noticia de aquellos amores, hizo que el Gran Capitan le llamase á España, adonde regresó con mucho sentimiento. Al poco tiempo se emprendió la guerra en Italia. Pasó allí el señor Alarcón.

Acampado nuestro ejército en las inmediaciones de Ravena, tratábase de levantar el sitio que la tenían puesto los franceses. Mandaba nuestro ejército el virrey D. Ramon de Cardona, general que se habia coronado de gloria en mil combates. Tomó una posicion ventajosa y fortificó su campo, desde el cual sin gran trabajo cortaba los víveres al frances, y hubiera salido con su intento; pero Pedro Navarro temerario en sus empresas y tenaz en sus opiniones le aconsejó que presentase la batalla. Alarcón y Fabricio Colona, cabos de la vanguardia del ejército, espusieron su contrario parecer en el consejo de guerra; pero Cardona se dejó arrastrar por su ardimiento y ambicion de gloria, y avanzó hácia las trincheras del enemigo. Peleóse por ambos lados con encarnizamiento y coraje, tomando posiciones y volviéndolas á perder unos y otros. Por fin, inclinóse la victoria en favor de los enemigos que peleaban dentro de sus trincheras y parapetos. Alarcón habia contribuido á sostener la indecision, y hubiera sido menos nuestra derrota si cuando ya todo se iba perdiendo no le hubiese tocado la suerte de ser herido gravemente, arrojado del caballo y hecho prisionero. Quedó por ellos la victoria, pero quedaron tan mal parados que cuando el Rey de Francia supo los por-

menores de la batalla, exclamó: *tales victorias dá Dios á mis enemigos, que por ellas se dijo: «el vencido vencido y el vencedor perdido.»*

Alarcon fué rescatado á los pocos días, y hallándose restablecido de su herida continuó prestando muy señalados servicios, hallándose en casi todos los hechos de armas que ocurrían en Italia.

Era muy querido de sus soldados, y lo fué mas desde que en una ocasion en que queriendo amotinarse por falta de pagas, vendió Alarcon todas sus alhajas y les contuvo en su obediencia y respeto. Su probidad, discernimiento y cordura le habian granjeado el aprecio de cuantos le conocian.

En la batalla de Pavía, como dice Juan de Ozna-ga en una relacion de aquel célebre suceso. «Iba bien armado con sobrevesta de terciopelo negro, sin otra divisa alguna; y en lo mejor de la pelea, dice Ozna-ga mas adelante», el señor Alarcon entró con su retaguardia (1) haciendo maravillas de armas, é entrando, toposé con un buen caballero francés que pugnaba resistir por su parte el paso de los contrarios, é tenía consigo hasta veinte hombres de armas que con mucho esfuerzo peleaban, aquí fue encontrado el señor de Alarcon de algunos de estos que con el tropel no miraban la cortesía que á uno por uno debían hacer: el señor Alarcon derribó su lanza con derribar á uno de ellos en tierra; pero también le fué forzoso á él caer, donde se viera en peligro, si luego no llegaran allí algunos arcabuceros, de entre los cuales uno llamado Jorge, de Sevilla, buen soldado, se puso á gran peligro, é trabájó por darle un caballo, del que él derrocó un francés, é á él le puso á caballo en la vanguardia.» Sabido el éxito de esta famosa batalla en que echamos por tierra todo el poder de los franceses, hicimos prisionero su mismo Rey Francisco I (2) y asegu-

(1) Alarcon mandaba la vanguardia, compuesta de doscientas lanzas, y con ella entró en la batalla.

(2) Parece oportuno, ya que se habla de la prision de Francisco I, hacer mención de un documento que existe en el archivo general de Simancas.

De varios modos refieren los historiadores la manera con que el Rey vino á darse por prisionero, deduciéndose de aquí necesariamente, que no fueron muy auténticos los datos que consultaron para referirle. Aug el mismo Ozna-ga que se dice fué testigo ocular de la mayor parte de los acontecimientos de aquella guerra, pudo ser mal informado de este hecho, pues le cuenta de este modo: «Viendo el rey que no podía hacer tornar sus esguizaros y que ya veía su perdición, procuró ponerse en salvo, cuando un arcabucero le mató el caballo y yendo á caer con él, llegó un hombre de armas llamado James, vizcaino de nacion, y poniéndole el estoque á un costado le dijo que se rindiese, y él viéndose en peligro de muerte, le dijo: á vida que soy el Rey de Francia: el vizcaino le entendió, aunque era dicho en francés, y disponiendo otra vez que se rindiese dijo: yo me rindo al emperador: y como eso dijo el vizcaino alzó los ojos, y vió allí cerca al alférez de su compañía, que cercado de franceses estaba en peligro, porque le querian quitar el escudarte, y el vizcaino como buen soldado por socorrer á su bandera, sin tener acuerdo de pedir gage á señal de rescate al Rey, le dijo: si vos sois el Rey de Francia haceme una merced: y le dijo que se la prometia, y entonces el vizcaino alzó la vista del alférez y le mostró ser herido, que le faltaban dos dientes delante de la parte de arriba, y le dijo: en esto me conocereis: y dejándole en tierra la una pierna debajo del caballo, se fué á socorrer al alférez, y en esto se llegó al Rey otro hombre de armas llamado Diego de Avila y le pidió gage á señal de prisionero y el Rey se lo dió.»

ramos la conservación de Italia de cuyos dominios acaso habiéramos sido arrojados, pues se habían coligado con los franceses el Papa y los venecianos.

La vanguardia, que como hemos dicho iba al mando de Alarcon, fué la que rompió los escuadrones enemigos, arrollando con su impetu y serenidad cuantos obstáculos se le oponian al paso, y á su arrojó se debió el éxito de la batalla y la prision del Rey: bien se demuestra en los privilegios del Emperador, en los cuales dice entre otras cosas, hablando de Alarcon «...y finalmente como el serenísimo Rey de Francia con grande ejército tuviese sitiada la ciudad de Pavía, vos que gobernaste el primer escuadron, juntamente con los otros nuestros capitanes y ejércitos, por medio de vuestra prudencia, disposicion y valor acometisteis con audacia el ejército de dicho Rey de Francia, no sin gran peligro de vuestra vida; con lo cual no solo rompiste su ejército, sino que en aquella ocasion hicisteis prisionero al mes-

Papel bien insignificante hace por cierto en esta relacion el soldado Diego de Avila; y si alguna gloria cabe por inclinar la rendicion á quien está sobradamente rendido, pues sobre hallarse en tierra, tiene la una pierna debajo de su caballo, mas bien es merecedor de ella el soldado James, si quiera por haber llegado el primero á inclinar al Rey que se rindió.

El documento de Simancas que se guarda en el negociado de mercedes, privilegios y confirmaciones, legajo número 380, es un privilegio de nobleza expedido á Diego de Avila poco tiempo despues de la batalla, el cual pone de manifiesto sin género de duda lo que aconteció con el Rey Francisco I. Dice así:

«D. Carlos por la divina clemencia electo emperador siempre agosto Rey de Alemania etc. Por cuanto es cosa justa é razonable á los emperadores, reyes é príncipes hacer mercedes é mercedes á sus súbditos é naturales, especialmente á aquellos que bien é lealmente le sirven é aman su servicio, porque ellos é los que de ellos descendieren sean más honrados, en libertades en sus personas é bienes é otros bienes ejemplo, é se ayudan para los servir é demás de los muchos é buenos é reales servicios que vos Diego de Avila, vecino de la ciudad de Granada, nos habéis hecho en las guerras de Italia en las cuales muchas veces ofrecistes á aventurastes vuestra persona por nos servir á todo peligro en la batalla que delante la villa de Pavía que es en Lombardia, dió nuestro ejército de guerra capitanes generales el duque de Borbon y D. Charles de Lancy, nuestro visorrey que era del reino de Nápoles, é el marqués de Pescara, el Rey de Francia é al suyo el día de Santa Marta del año pasado de 1525, siendo vos hombre dármas en esta capitania del dicho nuestro visorrey de Nápoles, peleando esforzadamente é señalando vuestra persona no con poco peligro é afronta llegastes á donde el dicho Rey de Francia estaba peleando á la derroscaste del caballo, é se os rindió por prisionero, é os dió en señal de darcos por tal de manopla derecha y el estoque con que peleaba, de lo cual estamos bien ciertos é certificados por relacion de los dichos nuestros capitanes generales del dicho nuestro ejército é de otras personas que en la dicha batalla se hallaron é por una certificación que de ella os dió el dicho Rey de Francia tomada de su mano que ante nos presentastes é por mayor certificación de tal fraguio la dicha manopla y estoque á estas nuestras reinos é lo distes é entregastes á un el Rey en mis manos en la ciudad de Toledo el año pasado de quinientos é veinte é cinco, á quexaron é escusaron en mi cámara; por ende, por vos haber bien é merced escutando é considerando los dichos vuestros servicios, especialmente el susdicho é porque de él haya á quexa perpetua memoria, é los que espriamos que nos hazed de aquí adelante, y en vnienda é remuneracion de lo presente de nuestro propio mulo é tierra otorga é privilegio real absoluto, hacemos á vos el dicho de Avila hijo natural de solar conocido etc.»

mo Rey de Francia y tragisteis su persona ante nos etc.

En Pavia quedaron además en nuestro poder muchas personas de cuenta; entre ellas Enrique de Lahrít, Rey de Navarra, el conde de San Pol y el mariscal Montmorenci; y murieron el príncipe de Escocia, el mariscal Cabanis, el de Fox, el almirante Bouisset, el duque de Sufolc y otros.

Acudiendo el marqués de Pescara y algunos otros cabos del ejército al parage en que Diego de Avila tenía preso al Rey, saludó respetuosamente á S. M. Cristianísima, y despues de algunos pormenores, que no son de este lugar, se puso en orden el ejército y encaminóse hácia Pavia con grande y marcial estruendo de trompetas y timbales. Al llegar á las puertas paróse el Rey, y manifestó con sentidas palabras su repugnancia á entrar preso en una ciudad que no habia podido tomar por las armas. Hizose alta para deliberar y entonces se pensó por primera vez en la persona que debería custodiar al soberano. Andábase vacilando en la eleccion, aun cuando no eran muchos los sujetos á propósito. Opinaban algunos que este honor correspondía de derecho al marqués de Pescara, por ser superior en graduacion y por la mucha parte que habia tenido en la victoria; decian otros que debía recaer en Antonio de Leiva, pues habiendo mandado la ciudad de Pavia durante el sitio, ocurriendo la prision ante sus muros, ninguna como él era acreedor á la real custodia. En estas dudas opinaron todos que Pescara resolviese la cuestion, y tomando la palabra el valeroso marqués, dijo: que habiendo la vanguardia del Sr. Alarcon desbaratado el escuadron del Rey, lo qual fué causa de su prision, y siendo además este general el de mayor graduacion en el ejército español, él y no otro debía custodiar á la real persona, y «de esta resolución soy cierto, añadió, que el emperador será servido, y la nacion honrada, y todos podremos dormir seguros.»

Acogido con unánimes demostraciones de aprobacion el voto del marqués, se hizo cargo Alarcon de la persona del Rey, y nombrando una guardia de su confianza, le trasladó al castillo de Picquiton, punto inmediato á Carmona, que se hallaba en buen estado de fortificacion y defensa. Allí permaneció algun tiempo sirviendo al augusto prisionero que le honraba con solicitar su trato y aun le distinguia con su amistad. Alarcon, sin salirse nunca del círculo estrecho en que debía obrar, conciliaba la circunspeccion y vigilancia que le imponia el servicio con las atenciones y delicado porte que debía usar con tan alta persona. No se perdonaron medios para ganar su voluntad: acudieron varios príncipes proponiéndole que designase el premio ó recompensa que exigia por la libertad del Rey, y este mismo le ofreció darle el mando de todos sus ejércitos y elevarle á los primeros cargos del Estado; pero la incorruptible virtud de Alarcon se ofendia hasta de escuchar semejantes proposiciones: «No quiera Dios, dijo un día á Francisco I, que estas mis canas, nacidas en el servicio de mi Rey, las manche yo en esta edad con algun deservicio suyo y afrenta mia por todo el oro del mundo.»

Habiéndose resuelto que el Rey fuese trasladado á Madrid le acompañó Alarcon en esta jornada, y ha-

biendo llegado al término de ella continuó tambien con su custodia. Aquí se trató muy luego de dar libertad al prisionero, y terminadas algunas diferencias partió á Francia despues de asegurar á Alarcon lo muy complacido que iba de los buenos servicios que le habia prestado durante su cautividad, pues sin su talento y vasta instruccion le hubieran sido insoportables las horas, encerrado en las cuatro paredes de una torre.

Por su buen comportamiento en este delicado servicio, y en premio de los que habia prestado en Pavia, le hizo marqués el emperador con el título de la Valle Siciliana; pero no eran honores lo que ambicionaba Alarcon. Hallábase ocioso en la corte sin orden de marchar á reunirse con sus soldados, que segun las cartas que venian de Italia, muy de tarde en tarde se encontraban próximos á llevar á cabo grandes cosas, pues no habiendo querido el Papa romper la liga con Francisco I, dió Carlos órdenes terminantes á Lanoy, que mandaba el ejército imperial, para que avanzase sobre Roma, y si su Santidad no se daba á partido, tomase por asalto la ciudad.

Alanzó permiso del César para tomar parte en aquella empresa y partió de Madrid aceleradamente. Llegó al ejército: aconsejó que se adelantase el sitio y en breves dias obligó á capitular á los sitiados, quedando prisionero de guerra el mismo Papa, que pusieron bajo la custodia de Alarcon. Parecía que estaba vinculado en la familia de este general el derecho de custodiar á los príncipes á quienes la pujanza de nuestras armas vencía en el campo del honor. Cuando el conde de Cabra y el Alcaide de los Donceles hicieron prisionero á Boabdil, rey de Granada, no hallaron otra persona que les inspirase mas confianza para su custodia que Martin Alarcon, tío del señor Alarcon, aquel bajo cuyas órdenes, como hemos dicho, habia servido Hernando en sus mocedades.

Trató al Papa con mucho decoro y cortesia, y habiéndose señalado para su prision el castillo de Sant-Angelo, mostró mucho sentimiento su Santidad al mirarse en tan estrechos limites y rehusándose á aceptar el acatamiento con que Alarcon procuraba complacerle y aun servíle le dijo: «No soy mas que un prisionero: tratadme como á tal.» Señor, respondió Hernando; yo no he tomado á su Santidad en prision sino para servíle y guardarle de quien le quiera ofender.»

Serian muy fargos de enumerar los servicios que en su larga y dilatada vida prestó á su patria esto varon insigne.

Hallábase todavia en Italia cuando llegaron confusamente á sus oídos las noticias de los grandes aprestos de guerra en que andaba ocupado el emperador, y no adivinaba contra quien se dirigia con tanta precipitacion y furia. Casi no daba crédito á aquellas nuevas; pero eran demasiado ciertas. Carlos V habia pensado en arrojar de Tunez á Barbarroja que cruzaba los mares poniendo en gran cuidado á Cerdeña, Sicilia, Calabria y á toda la Italia. Coligado el emperador con el Papa y los portugueses, juntó una poderosa armada en el puerto de Barcelona á donde acudian de todas partes ginetes y caballos. Anhelaba tomar parte en aquella empresa toda la

juventud española, llevados por el deseo de adquirir fama y nombradía. Reunidos ya los principales personajes, pasó muestra á su ejército el emperador y halló que se componía de treinta y dos mil soldados, fuerza insignificante en el número, pero de la que se podían esperar buenos resultados. Iban en aquella jornada D. Alvaro de Bazan, el marqués del Basto, D. Fernando de Aragon, duque de Calabria, el duque de Alba, el conde de Benavente, el duque de Medinaceli, D. Pedro Enriquez, el marqués de Tarifa, el marqués de Lombay, el príncipe de Sulmona, Andrea Doria, príncipe de Mellí, Virginio Ursino, D. Bernardino de Mendoza y otras muchas personas de cuenta. El marqués del Basto mandaba la infantería compuesta de españoles, tudescos, italianos, portugueses y alemanes.

Hicieronse á la vela el día 31 de Mayo de 1535. La armada se componía de quinientas naves. Era de ver el mar poblado de banderas, flámulas y gallardetes desplegados al viento. Oíase el estampido del cañon y el roncó estruendo de mil trompetas y timbales. Si Alarcon hubiera presenciado aquella salida de Barcelona, hubiese sentido correr las lágrimas por sus mejillas á la vista de tanto entusiasmo. Pero yacía en Italia, porque no habia entrado en los cálculos del emperador que tomase parte en aquella jornada memorable; sin embargo, el rumbo de los sucesos le iba á proporcionar muy en breve casi todo el laureo de la expedicion.

Desembarcaron á la vista de Tunes despues de una feliz navegacion. Encargóse al marqués del Basto que estableciese las trincheras y distribuyese el campo. Verificado lo cual, se hicieron algunas escaramuzas para probar en qué clase de pelea eran mas fuertes los contrarios. Ibase alargando el sitio sin que se tocasen adelantos positivos y todo hacia presumir que los bárbaros opondrían la mas vigorosa resistencia. Entonces pensó el emperador en utilizar los conocimientos de Alarcon; pues era opinion general que «no habia quien mejor asentase un real, ni trazase con mas acierto las trincheras.» Recibió, pues, cuando menos lo esperaba, una carta de S. M. en que le prevenia que sin dilacion ni pérdida de tiempo se hiciese á la vela para Tunes. Rayó casi en locura su alegría. Sentíase rejuvenecer á la dulce esperanza de participar de las fatigas de la guerra al lado del príncipe mas grande de la cristiandad. Embarcóse aceleradamente y no se sosegó su espíritu hasta que avistó el campo del emperador. Se habia divulgado en el ejército la noticia de que iba á llegar el vencedor de tantos combates, y apenas los soldados distinguieron á lo lejos la bandera española que flotaba al viento en su navio, prorrumpieron en grandes voces y arrojando al aire los sombreros se entregaban á los mayores arrebatos de alegría. Adelantóse el emperador hácia la playa. Venia Alarcon sobre cubierta, y apenas le reconoció, descubrió su cabeza y enderezó su cuerpo, encorvado bajo el peso de setenta años. Cuando fué á saltar en tierra, alargóle la mano el emperador, y luego le echó los brazos diciéndole con rostro alegre y amoroso: *Seas bien venido, padre mio.*

Despues pasaron á tratar de las cosas de la guerra y manifestóle el César sus deseos de que reconociese la disposicion en que se habia asentado el cam-

po, facultándole para hacer en él cuantas alteraciones creyese convenientes. Dió esto márgen á varias dudas entre los amigos del marqués del Basto, pues aunque esplicitamente no se habia nombrado á este por general de aquella empresa, la facultad concedida á Alarcon parece que le alejaba de la intervencion inmediata que habia tenido en todos los negocios de ella: aumentábanse los deseos de saber de una manera terminante cual de los dos obtendría el mando en jefe, ó si es que el emperador se le habia reservado para sí, puesto que acudia á todas partes y daba algunas disposiciones sin consultar con el marqués: no faltó quien avivado de la curiosidad se atreviese á dirigir al emperador la pregunta de que quien era el que tenia el bastón de mando como capitán general. Hallábanse á la sazón en una tienda en medio de la cual se elevaba á bastante altura un crucifijo de madera. Alzó la cabeza el emperador al escuchar aquella pregunta y clavando los ojos en la divina imágen respondió: «aquel, de quien soy aférez.» Nadie se atrevió á replicar, y como en adelante se ejecutaba con su aprobacion, así lo que mandaba el marqués del Basto como lo que disponia Alarcon, cesaron los motivos de rivalidad entre estas dos personas.

Salió pues Alarcon á reconocer las líneas y hallólas demasiado estendidas para la fuerza con que se contaba, resultando de esto necesariamente que algunos puntos no hubieran podido resistir el primer embate del enemigo: su opinion fué que se estrechasen al instante, pero presumiendo que el marqués podria resentirse de ver desaprobadas sus disposiciones, hizo un elogio de ellas de una manera ingeniosa y logró su intento haciendo ver á todos que el marqués habia obrado acertadamente, pues el trazar una linea de tanta estension no teniendo fuerza con que cubrirla es un ardor de guerra, decia Alarcon, para hacer ver al enemigo que nuestras fuerzas eran muy superiores, y obligarle á huir sin esperar la batalla; pero puesto que estaba resuelto á aceptarla veia la necesidad de que se cambiase de posicion, estrechando el campo al mismo tiempo. Verificóse con aprobacion del emperador y del marqués, y luego aconsejó que se tomase la goleta, pues en el reconocimiento que hizo adelantándose con un galeon hasta muy cerca de este fuerte, habia podido observar que eran débiles sus parapetos, y que algunos bastiones que habian hecho los turcos, eran de arena seca y se desmoronaban con facilidad; distinguiendo tambien que tenian mal plantada la artilleria. Con estas noticias y la certeza del buen éxito que aseguraba Alarcon, se estrechó el sitio de la goleta y se dispuso el asalto en el que rivalizaron los soldados de las diferentes naciones que en el tomaron parte; pero lograron distinguirse los españoles pues fueron los primeros en llegar á los parapetos (1). Tomado este fuerte, que parecia inexpugnable, quiso el emperador dirigirse á Tunes sin demora. Esperábase Barbarroja con ochenta mil infantes y veinte mil ca-

(1) Diego de Ayala, el mismo de quien arriba se ha hecho mencion, servia de aférez en esta jornada y fué el primero que cubriendo á la estacada clavó en ella su bandera; y animaba á grandes voces á sus soldados, cuando cayó muerto atravesado de un dardo de balas. Allí murió el famoso soldado á quien cupo la gloria de pelear cuerpo á cuerpo y derribar del caballo á Francisco I.

ballos, es decir, con fuerzas triplicadas, teniendo además la ventaja del país, en el que el calor y particularmente la sed atormentaba á el ejército cristiano. Sabido el Turco, y á fin de escasearle mas el agua, salió con toda su gente y se acampó en unas ruinas donde manaba una fresca y cristalina fuente: viendo próximos á los cristianos en orden de batalla, dividió su ejército en tres cuerpos, compuesto el de la izquierda de nueve mil infantes y doce piezas de artillería, el de la derecha de diez mil caballos, y el del centro de lo restante de su fuerza. Aproximábase el emperador en medio de Alarcon y del marqués del Basto, y viendo el orden con que Barbarroja habia distribuido su campo, volvióse hacia el primero y le dijo «¿qué hacemos, padre?» y Alarcon respondió «señor, que acometamos, que la victoria es nuestra, como vos sois emperador: por eso, démosles Santiago y á ellos.» Y con esto arremetieron al enemigo con tanta furia que desbarataron sus primeros escuadrones, avanzando sin cesar hacia las ruinas, y poniendo en completa fuga á Barbarroja que se metió en la ciudad con todo su ejército. Hicieron alto los cristianos y tomaron aliento por espacio de una hora, en cuyo tiempo se celebró en Tenez un consejo de guerra para deliberar si convendría hacerse fuertes en la plaza, ó salir segunda vez á proseguir la batalla. Prevaleció esta opinión y salieron de la ciudad; pero apenas divisaron que los cristianos se iban adelantando con impavidez y con el mismo orden de formación que hubieran conservado en un ejercicio, emprendieron su retirada con dirección á Bona, dejando á Tenez en poder del César.

Terminose así aquella empresa memorable, cuyo brillante éxito decia el emperador, que se debió en gran parte á la experiencia y acierto del anciano Alarcon, á quien ya los años y las fatigas iban debilitando el espíritu guerrero. Solo apetecía el descanso, y así pidió al emperador que le permitiese retirarse á Castelnovo, y le dispensase de aceptar el vireinato de Sicilia con que le habia agraciado despues de la conquista de Tenez. Habia sido gobernador de Giraci, Taranto, Tropea, Roca Guillerina, Brindis, Bari y Gaeta; dos veces capitán-general del reino de Nápoles y habia desempeñado en su juventud otros altos cargos que podieran halagar el amor propio y satisfacer los deseos del general mas ambicioso de gloria.

Retiróse pues á Nápoles, donde habiendo sido atacado de una aguda enfermedad falleció el día 17 de enero de 1540. Sintieron su muerte todos los soldados pues le querian como á padre, cuyo nombre le daban tambien como el emperador. Cuando este supo su muerte dijo con muestras del mayor sentimiento: he perdido mi mejor soldado.

M. J. DIANA.



ESPAÑA PINTORESCA.

SAN CRISTOBAL DE IBEAS.

ARTICULO II.

Acerca de la historia de este monumento; hé aqui lo que, en sus *Antigüedades de España*, dice el R. P. M. Fr. Francisco de Berganza, en el tomo 2.^o, capítulo 2, número 115. «Legua y media distante del monasterio de Cardena hacia el Oriente, está el monasterio de San Cristobal de Ibeas, de la orden del glorioso San Norberto, del cual hago memoria gustoso por la buena y religiosa hermandad que ha profesado y profesa con mi monasterio de Cardena. Hasta ahora no he descubierto noticia del tiempo en que fué fundado este monasterio. La primera que he encontrado, se halla en la Historia del Cid (L.^o p. pag. 541, num. 378), que dice, que los infantes llevaron el cadáver del Cid al monasterio de Ibeas. En el archivo de dicho monasterio se conserva una escritura, otorgada en 27 de diciembre del año 1107, que dice, que Alvaro Diaz y su muger Doña Teresa Ordoñez, dieron á D. Domingo abad el monasterio de San Cristobal con mucha hacienda, y que le agragaron otras iglesias y monasterios. En el libro 2.^o de las donaciones de la catedral de Burgos estan encuadernadas dos escrituras, que declaran que Doña Sancha alargó á la catedral la parte del patronato, que tenia en el monasterio de San Cristobal de Ibeas: y que Doña Teresa hizo donacion de la mitad del patronato. La fecha de las dos escrituras es de 1124. Don Gutierre Fernandez de Castro, siendo patrono de este monasterio por su muger Doña Toda Diaz, reedificó la iglesia en este año de 1152, como consta de la inscripcion grabada en una piedra de la capilla mayor.

ERA M. C. LXX. FUIT HOC OPUS FUNDATUM
MARTINO ABBATE REGENTE PETRUS CRISTOPHORUS
MAGISTER HOPUS OPERIS FECIT.

No puedo asegurar, si en esta ocasion D. Gutierre Fernandez introdujo monjes premonstratenses en este monasterio; porque estoy en juicio de que por este tiempo ya se habia estendido en Castilla la austera y santa vida de los discipulos del glorioso San Norberto. Consta por privilegios del emperador D. Alonso, y del Rey D. Alonso el Noble, que Gutierre Fernandez, es tenido por patrono y restaurador del monasterio de San Cristobal de Ibeas. El P. Vergara, autor de un libro manuscrito que se guarda en dicho monasterio, advierte que los tres primeros abades, que encontró haber habido en aquella casa, no fueron premonstratenses, porque son anteriores á la institucion de su orden.

No podemos menos de advertir que el R. P. Berganza no traslada con bastante fidelidad la inscripcion que cita, pues en ella falta la particula A antes del nombre MARTINO, como puede verse por nuestra copia. Esta palabra, no solo no es insignificante, sino que cambia todo el sentido, debiendo traducirse el traslado del P. M. de esta suerte:

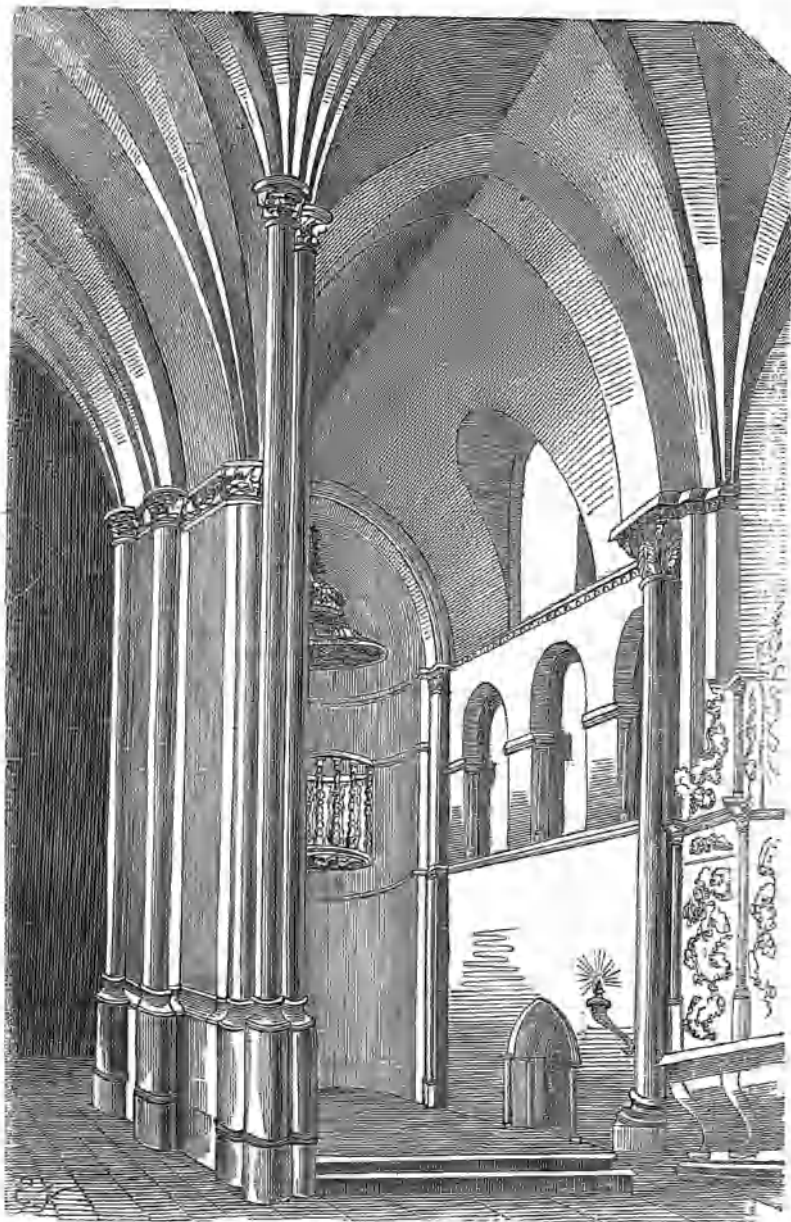
EN LA ERA M. C. LXX (año de 1152) FUE FUNDADA ESTA OBRA, SIENDO MARTIN ABA

REGENTE. PEDRO CRISTOBAL FUE EL MAESTRO DE ESTA OBRA.

Lo que, como ven nuestros lectores, es muy distinto de lo que resulta del original.

La *Monasteriología Praemonstratensis* en sus *Probationes tomí primi*, pone la carta de Alvar Diaz, que dice ser para la fundación del monasterio de que tratamos, y es una de las que cita Berganza. En ella se lee que *Alval Didat* con su muger *Theresia Ordonet* dan hereditariamente á Dios, á San Cristobal y al abad

Domingo, su propio monasterio de *San Cristobal de Eneas*, por el buen servicio que este abad les ha hecho á ellos, y promete hacer á Dios y en honor de San Cristobal. Con él donan otros monasterios sujetos al mismo, como *San Adriano*, junto al pueblo de *Santa Cruz*, *San Vicente de Rio Egiva*, *San Estevan en Ormazza de Fornillos*, y otras propiedades, entre las cuales hay varias dependientes de aquellos monasterios. Nómbranse los pueblos en que se hallan unas y otros; pero los pasamos en silencio por no fastidiar



Vista del interior de San Cristobal.

con su larga enumeracion. La fecha de este documento, que está todo en latin algo bárbaro, dice así: *Facta Charta roborationis et confirmationis VI Kalendas Januar. In Era MEXV. regnante Rege Alphonso in Legionē; et in Castella, et in Toledo, et in*

omnibus regnis suis...—Esta fecha, que es del año 1077, no conviene con la que refiere el P. Berganza.

En la misma *Monasteriología* se vé en seguida otra escritura, cuyo contenido manifiesta, que *Gutier Fer-*

mandes con su muger *Donna Tota*, y *Rodrigo Munoz* con la suya *Donna Maior*, dan á Dios y al abad *Gundisaleo* (Gonzalo), el monasterio de *San Cristobal de Eves*, con todas sus pertenencias; y entre estas los monasterios de *San Vicente de Rio Cavia*, *San Esteban de Hormoza*, *San Cosme* y *San Damian de Santa Cruz*, *San Adrian junto al mismo Santa Cruz*, y otros varios, con diferentes iglesias, fincas y ganados, pertenecientes unos, y otros no pertenecientes á dichos monasterios. Concluye esta carta con las palabras que siguen: «*Et Confirmationis notum diem secunda feria X Kalend. Martii. Era MCLXXXIX. Regnante imperatore Idefonso in tota Hispania et in omnibus regnis suis.*» Es pues del año 1151; y aumenta la dotacion del monasterio de Ibeas.

Finalmente, tras estas dos escrituras se halla una tercera del Rey Alfonso VIII, en la que este dona al mismo *San Cristobal* todo el término de *Ovea del Camino*, y otros pueblos con sus iglesias, jurisdicciones civil y criminal, temporal y espiritual, y con todas sus pertenencias, que puede dar y conceder, y concedidas corroborar. Por último, confirma las heredades, los lugares y términos con sus derechos y preeminencias «que el emperador Alfonso dió al Orden Premonstratense, y á servicio de Dios, al abad *Rodrigo* (1), y á los hermanos del espresado monasterio de *San Cristobal*, que *Gutier Fernandez* (dice), fundó con su muger *Donna Tota*, y en que puso un abad y monjes blancos, enviados de Premonstrato de Francia; y misales y libros.» La fecha dice: «*Facta charta in mense Novembrio. Era mccccviii* (2) *Regnante Aldefonso Rege in Castella, et in Nachara, et in Toletula, et in Estremadura, et in omnibus Regnis suis.*» Confirman esta escritura los condes *Alvaro*, *Nuno*, *Pedro* y *Vela*; y además, *Gonzalo Roiz*, *D. Malrie*, *Pedro Gomez*, *Carabrano* arzobispo de Toledo y primado de España, *Pedro* obispo de Burgos, *Reimondo* obispo de Palencia, *Don Gil*, y otros varios. El Rey firma de este modo: «*Et ego Rex Aldefonsus in tempore que incarnationis intravi XIV Kalend. Aug. sub Era mccccviii* (3) *in Sancto Dominico de la Calzada propria manu hunc Chartam, et in ea omnes prescriptas hereditates coram his testibus confirmando roboravi.*» Concluye con las firmas «*Comes Nuuus Comes D. Gomez Conf. Petrus Roiz filius del Conde D. Rodrigo testis,*» y las de otros testigos.

Mucho sentimos que los estrechos límites del SEMANARIO PINTORESCO no nos permitan trasladar integros estos notables documentos, ni decir algo acerca de ellos y de las palabras del R. Berganza.

El monasterio de San Cristobal de Ibeas es un monumento notable de su época, y cuyo mérito arqueológico, si no artístico, es incalculable. Por esto, por el olvido en que yace, y por la destruccion que le amenaza, acaso más que á otros edificios de su especie, no hemos dudado arrostrar la nota, que de

(1) UN RODRIGO, ABADE DE SAN CRISTOBAL, que ósea será este confirmo, entre otras personas, una carta en que se da Santa Maria de Aguilar, al órdon de Premonstratenses; y cuya fecha es de la Era mccccviii (año 1169), reinando Alfonso en Castilla, Estramadura y Toledo.

(2) Año de 1170.

(3) Año de 1176.

prolijos podrá dársenos por lo minucioso de estos dos artienlos; ni vacitaremos para recomendarle al examen de los que se dedican al agradable estudio de la arqueología monumental, tan necesario para conocer á fondo la interesante y útil historia de la civilización.

MANUEL DE ASSAS.

CRONICA.

•. Pocas veces hemos sentido mas la estrechez de dimensiones de nuestro periódico, que en el momento en que tomamos la pluma sin poder escribir mas que algunas líneas acerca del drama de D. Tomás Rodríguez Rubi, titulado *Borrascas del corazón*, que hace días se representa en el teatro del Príncipe en medio de entusiastas y merecidos aplausos. Su autor ha seguido en esta producción una senda distinta de la que ha recorrido hasta ahora, y en la cual debe alcanzar, según nuestra opinion, nuevos y mas legítimos laureles. El argumento, en medio de su sencillez, conmueve y arrebató; el desenlace es nuevo y altamente moral: la producción del Sr. Rubi es una obra de sentimiento que cautiva por la magia del estilo, por el fondo y la forma. La ejecución es generalmente muy buena é inmejorable por parte del Sr. Romea y de la señora Díez, la cual interpreta el personaje de Doña Blanca de una manera admirable, especialmente en el último acto. Terminaremos estas líneas recomendando á nuestros lectores la asistencia á la representación de una obra que es saludada todas las noches con aplausos unánimes por un público ilustrado, que premia al mismo tiempo el talento de los dos actores ya citados, cuyas buenas cualidades pocas veces se ven brillar tan completamente como en este drama.

•. El circo de Mr. Paul, amenazado por otro rival que se ha construido en las afueras de la puerta de Santa Bárbara, ha roto en fin la cadena de sus monótonas funciones para dar lugar á una *contradanza*, *cals*, *galop* y *polka ecuestra*, novedad admirable, que á parte de la buena ejecución de los bailarines, trae á la memoria un recuerdo de las damas y pelaines de la edad media. La destreza y paciencia de Mr. Paul han recibido el premio que se merecen. El público continúa llenando todas las localidades del Circo, cuyo director se prepara en cambio á hacer sacrificios de consideracion para presentar espectáculos dignos de la concurrencia que le frecuenta.

•. Acaba de publicarse una *Descripción histórica del Paraguay y del Rio de la Plata*, obra póstuma de D. Felix de Azara, que ha dado á luz su sobrino el Sr. D. Agustín de Azara, marqués de Bibiano, con el principal objeto de enviar la obra á las bibliotecas públicas y establecimientos de ciencias naturales, nacionales y estrangeros. Va añadida de una biografía del autor, escrita por D. Basilio Sebastian Castellanos, y adornada con el retrato de Azara, grabado en acero. Esta producción es de sumo interés histórico y científicamente considerada, por lo cual se la recomendamos á nuestros lectores. Los ejemplares sobrantes después de distribuida la edición con la generosidad que lo ha hecho su editor, se hallan de venta á 36 rs. en la imprenta de Sanchis, calle de las Huertas, núm. 16 y 18, y librería de Montero, calle Mayor, núm. 4.